

EL SENTIDO CRISTIANO DE LA VIDA

La acción misionera.

Ni se trata de elaborar una misionología—tarea, por lo demás urgente—, ni de estructurar las directrices de una actuación misionera—obligación también imperiosa—, sino sólo de mostrar que un pleno sentido cristiano de la vida exige de una manera *esencial y constitutiva* una acción misionera.

En efecto, el Cristianismo es esencialmente dinámico, porque en el fondo es vida, y toda vida es dinamismo, actividad. Lo que no está, sin embargo, tan claro es que este dinamismo tenga que desembocar precisamente en una actuación misional. Una prueba más de la penumbra que suele reinar en torno al concepto de acción misionera.

La vida cristiana de nuestros días tiene todavía debilitada, si bien menos que en épocas inmediatamente anteriores, la *conciencia de Iglesia*. El planteamiento—como tal—del problema misionero es precisamente un signo de esta debilidad, y los serios intentos de resolución son, por otra parte, el exponente de un paulatino resurgimiento.

La Iglesia es algo más que la Jerarquía. Todo fiel cristiano es también Iglesia, parte integrante de ella. La Iglesia es, al mismo tiempo, algo más que un puro medio de salvar almas. Hay una Iglesia triunfante, tan Iglesia como la militante. Más aún, la Iglesia no se ocupa sólo de las almas, sino de los hombres enteros; no hay nada humano que le sea extraño, siendo como es la sociedad de aquellos hombres que de una manera u otra participan de los frutos de la Redención. Por esto el Cristianismo no tiene sólo un destino individual, sino también colectivo, por lo cual nadie puede desvincularse de la comunidad—excomulgarse—sin dejar de ser cristiano (1).

La vida cristiana es, pues, una aventura personal y colectiva sobre la tierra. No quiso Dios—ni lo permite la misma na-

(1) Al principio de su encíclica *Rerum Ecclesiae*, la *carta magna* de las misiones y del espíritu misional moderno—cuya lectura y estudio se imponen—escribía precisamente Pío XI que: neque enim ad aliud nata Ecclesia est, nisi ut regno Christi ubique Terrarum dilatando, universos homines salutaris redemptionis participes efficiat. Acta Apostolicæ Sedis. 1926. p. 65.

turalidad humana—elevar al hombre y conferirle una vida nueva de una manera individual y espiritualmente solitaria. Los sacramentos requieren concurso humano y divino, individual y social. El hombre necesita del hombre—y del Hijo del Hombre—para llegar hasta Dios. El aislamiento total es herejía; el anacoretismo perfecto ha sido condenado. El raquitismo espiritual, como toda anemia, se debe a la vida encerrada en las cuatro paredes de los propios intereses egocéntricos, sin que baste para desenrascar el ambiente ampliar este *ego* hasta un pequeño grupo, partido, capilla...

Es imposible vivir vida cristiana sin creer en la comunión de los santos, sin vivir la vida de la Iglesia, no sólo en sentido jurídico, ni siquiera en su exclusivo aspecto litúrgico, sino en su faceta ontológica más profunda y real. La Iglesia es algo más que su cuerpo, y no se identifica con su culto, ni con su moral... La Iglesia existe allí donde Cristo está presente, decía Newman (2). Pero la presencia de Cristo no es un fenómeno subjetivo o sentimental, sino un hecho real y auténtico, modificador de nuestra misma estructura animica. La impronta de un Dios en su criatura no puede ser un hecho intrascendente.

En esta vida cristiana con la Iglesia y en la Iglesia no puede prescindirse del problema mismo de su instauración en el mundo, y éste es, en el fondo, el problema misionero. Se ha escrito, con buena intención, indiscutiblemente, pero con desconocimiento de la esencia del problema misional, que «tan tierra de misiones es ya la selva como el suburbio o el café». Entonces es cuando surge la clásica objeción de que no hay ya necesidad de *ir* a misiones, puesto que las tenemos en casa, y la caridad bien ordenada empieza por uno mismo, etc. En primer lugar, no se trata de *ir* a misiones, sino de ser misionero. Además, el aforismo—de origen pagano—sobre el orden en la caridad, no es del todo exacto. La caridad bien ordenada empieza por Dios, continúa por Sus cosas, pasa—y rápidamente—por uno mismo, y termina en el prójimo. Pero, sobre todo, y principalmente, la cuestión es muy otra, pues no es ni siquiera un asunto de caridad. No es lo mismo la actividad misionera—*ut sic*—que la acción apostólica. La Iglesia es, además de todo lo dicho, una sociedad visible, externa y que, siendo el vehículo de la salvación del género humano, no se encuentra todavía corporalmente extendida por todo el mundo. Hay lugares en que la Iglesia no existe todavía con la organiza-

(2) J. H. Newman: *Sermons bearing on Subjects of the Day*. Londres (Longmans), 1918, p. 354.

ción externa necesaria para cumplir de una manera normal y ordinaria su misión. Ningún cristiano *puede* desentenderse de este hecho, ni de sus consecuencias. El Cristianismo es esencialmente universal, es constitutivamente católico, ecuménico.

De ahí dos consecuencias: Primera, que todo problema cristiano que no se plantee en términos ecuménicos está mal, o, por lo menos, parcialmente planteado. Segunda, que toda vida cristiana que no vibra al unísono con todas las palpitaciones del Cuerpo Místico de Cristo no es auténtica ni sólida. Es interesante observar cómo la acción de la gracia divina en almas sencillas y poco o nada cultivadas, las lleva paulatinamente a preocupaciones no sólo apostólicas, sino concretamente misioneras. El cristiano no tiene un fin exclusivamente individual. Mejor dicho, su fin personal no es un fin individual, puesto que está conectado con el resto de la creación, como sacerdote o como prójimo. Con misión sacerdotal frente al mundo infrahumano, debe el hombre ayudarle a culminar su último fin, dando por él mayor gloria a Dios. Frente a los demás hombres, como su prójimo, no puede tampoco el hombre desvincularse de ellas; y su destino personal está encuadrado dentro del fin específico de generaciones, pueblos, razas... y aun del genérico de la Humanidad entera. De la misma manera que la esencia de la Religión presupone una relación personal *tu-yo*, supone también un nexo colectivo: *tu-nosotros*. La última razón estriba en que el *tu* mío es el mismo que el *tu* del prójimo, y, por tanto, *en él, en este tu*, estamos los hombres unidos y somos hermanos.

De ahí la enorme importancia formativa del problema misionero. Representa la ventilación de los pequeños ideales ego-céntricos, en los que se ahogan muchos cristianos de buena fe. Representa sentirse compenetrado con la misma Iglesia, como parte integrante de ella, en su preocupación por extenderse por todo el mundo en cumplimiento de su misión y del mandato de Cristo. Es, además, un indicio de vitalidad, de espíritu de expansión y de conquista, que elimina automáticamente la postura caduca de pensar en el pasado y de añorar tiempos mejores. Es la ambición de crecimiento propia de todo organismo sano.

Planteado así el problema, se comprende que la acción misionera sea inexcusable en todo cristiano. Es situarse, sencillamente, en la dimensión real y auténtica de la vida cristiana. Nadie puede decir Padre Nuestro sin pensar en el «*nosotros*» de quien Dios es reconocido como Padre, y en el «*nosotros*»,

de quien todavía no lo es. En una palabra, la actividad misionera es acción de *toda* la Iglesia, y, por tanto, todo cristiano participa en ella.

Esta acción misionera está realmente implícita en cualquier actuación cristiana, y sería deseable que se hiciera, además, de manera consciente. No se trata de *irse* a la selva a convertir infieles, sino de afanzarse en la Iglesia para que ésta se expanda. Aparte de que el mayor campo misional de la Iglesia no está precisamente en la selva, sino entre civilizaciones tan adelantadas como la occidental.

Se ha escrito que «sin la colaboración de nuestros profesores de Europa no venceremos el budismo» (3). No son los «*missioners*», sino la Iglesia—y todo fiel con ella—la fautora de su crecimiento geográfico sobre el planeta. En nuestra conciencia católica, por la costumbre, el trato, el tiempo y la tibieza no nos duelen como una herida, el cisma y la herejía implantados en el corazón de la Cristiandad. Santa Teresa, por ejemplo, sentía en lo más hondo de su alma la apostasía de «los luteranos», por no hablar de la inquietud y preocupación de la primitiva Iglesia, por los cismas y herejías de su tiempo. Piénsese en la reacción frente al arrianismo, por ejemplo, y compárese con nuestra «comprensión y tolerancia» con respecto al protestantismo. Lo hemos considerado como un hecho estable y natural, y no lo sufrimos como una espina, como una herejía en el seno de la Iglesia, para cuya desaparición tenemos el deber ineludible de trabajar y rogar. Esto no quita, antes presupone, por el contrario, la caridad para con las personas. De la misma manera no sentimos con la viveza que debiéramos el hecho de que luego de veinte siglos del mandato de Cristo de ir por todo el mundo, haya sólo una quinta parte de éste en donde la Iglesia esté oficial y externamente implantada. Olvidamos que de continuar al mismo ritmo se necesitan treinta y cinco mil años para convertir la sola península del Indostán.

El cristiano es responsable del mundo, puesto que en el fondo es su señor. Por esto sobre toda vida cristiana consciente pesa una buena parte de los destinos de la Humanidad. No puede el cristiano desvincularse de ningún problema humano. *Et carnem tuam ne despexeris* (4). Naturalmente que esta responsabilidad no es total y plena; pero no por ello es menos cierta. A veces la vocación cristiana nos viene grande. Somos

(3) Pierre Charles: *Missiologie*. París (Desclé), 1939. p. 15.

(4) Is., LVIII, 7.

hijos de Dios; estamos destinados a ser Dios, aunque sin perder nuestra personalidad, y anhelamos la vida animal de nuestra infranaturaleza. La añoranza de las ollas de Egipto no deja de ser humana.

La acción misionera está intimamente ligada con esta conciencia de misión universal que todo católico debe tener.

Las actividades de un católico no pueden ser ajenas a las preocupaciones de expansión de la Iglesia. Y no es pedirle demasiado a todo católico que rompa el círculo de hierro de sus intereses egoístas, aunque lícitos, para que viva con mayor plenitud la vida de hijo de Dios, a la que ha sido llamado. Como comprendía muy bien la primitiva Cristiandad en pleno siglo II, lo que el alma es al cuerpo, lo es el cristiano con respecto al mundo. Pero esta obligación de ser principio vital del mundo, sal de la tierra, es ineludible en cualquier simple fiel. Se ha desvalorizado, dentro de nuestros mismos ambientes más religiosos, la enorme trascendencia y responsabilidad que significa el ser simplemente cristiano. La mayor diferenciación ontológica entre los hombres, entre los seres creados, pasa por la línea que traza el bautismo. Nadie nace cristiano, sino que hay que renacer por el agua y el Espíritu para llegar a serlo. Se ha querido hacer, a veces, llevadero al Cristianismo—como si se tratase de una carga y no de una dignidad—reduciendo a un mínimo las cargas y obligaciones de los simples fieles, reservando para otros—como especialistas—la vida cristiana integral. Una cosa es el problema del *estado* de perfección y otra muy distinta la cuestión que aquí se apunta de la obligación en el simple fiel cristiano de vivir íntegra y plenamente su cristianismo. Si el hombre no estuviere elevado a un plano sobrenatural, si la gracia no fuese una realidad auténtica, si los dones del Espíritu Santo no fueran gérmenes de heroísmo, habría que pensar en hacer un cristianismo fácil y acomodado a las gentes poco dotadas, al pueblo vulgar; pero todos estamos en idéntica situación frente al mundo sobrenatural. No hay que tener miedo—léase falta de fe—en proponer al pueblo cristiano toda la reciedumbre y el vigor de su vocación divina. La verdad nos hará libres (5), porque precisamente nos hará fuertes para serlo.

La acción misionera, como tal, es la misma respiración de la Iglesia, es el resultado ineludible de su fuerza expansiva. La Iglesia dejaría de ser la Iglesia de Cristo, el único medio

(5) Io., VIII, 32.

de salvación de la Humanidad, si dejara de ser católica, es decir; universal; y con cualquier fiel cristiano ocurre otro tanto. Y mientras la catolicidad de la Iglesia no sea también geográfica, gravitará sobre la Iglesia militante, como sobre cada uno de sus miembros, la radical imperfección de lo que se está constituyendo, el dolor de gestación de lo que está llegando a ser.

De ahí la necesidad de la oración, y de la oración misionera (6); de ahí que sea imprescindible a todo cristiano este contacto íntimo con Dios, con el Cristo Redentor de todos los hombres, puesto que no hay otra manera posible de participar en esta peripecia épica, que significa ser un viador sobre la tierra. Con ello se dirá que se pretende hacer de todo fiel un contemplativo. No es rigurosamente exacto, pero acaso no haya por qué asustarse. ¿No es, por cierto, la oración, según el unánime parecer de toda la Teología, un constitutivo esencial de la existencia cristiana?

Sólo así, además, se evitará el peligro del estancamiento intelectual, tan lamentable en sí y por sus consecuencias. En su contacto vivo con otras religiones, la Iglesia encontrará simientes de verdad y facetas nuevas con que enriquecer su doctrina y la realización concreta de su misma vida en cada uno de los hombres. La incorporación de la sabiduría oriental a la Teología católica es una de las consecuencias más fructíferas de este espíritu misionero. Se nota en nuestras latitudes una disminución de aquella audacia intelectual que poseía, por ejemplo, en alto grado la época patristica, sobre todo la oriental, para volver a construir y a vivir las grandiosas visiones cósmicas sobre la Redención, la Iglesia, la Humanidad, etcétera. El Occidente ha perdido un poco la visión del bosque por causa de la misma frondosidad de sus propios árboles.

En el fondo es algo más que una consecuencia. Mientras la Iglesia no esté externa, estable y oficialmente extendida por todo el mundo—y éste y no otro es el fin de la actividad misional—no puede decirse que haya llegado a su pleno desarrollo espacial, y con él a una de las dimensiones de su plenitud. De ahí la radical imperfección aludida. La Iglesia militante no sólo está inacabada en el tiempo y en el corazón de los hombres, sino aun en el mismo espacio. Y así como el desarrollo y la madurez temporal van viniendo por sus propios pasos, para el desenvolvimiento espacial de la Iglesia es necesario el es-

(6) Cf. el bello libro de P. Charles, que tan certeramente enfoca el problema misional: *La oración misionera*. Bilbao, 1939.

fuerzo constante y libre de sus propios miembros, guiados, en última instancia, por el Espíritu de Cristo, alma de la Iglesia.

Cada vez va pareciendo menos exagerada, aunque todavía no se comprenda, ni menos se viva, como una realidad, la afirmación de que la Iglesia es ontológicamente el término de la Creación y la que da el último sentido a la Historia entera. De ser ello cierto, las consecuencias que se deducen para un cristiano son incalculables, y la importancia de la acción misionera es patente. Esta no es otra cosa que la colaboración de todo cristiano al movimiento geográficamente expansivo de la Iglesia. Movimiento de expansión que no está, ni puede estar, a cargo de unos cuantos hombres especialmente delegados para ello, sino que es tarea que incumbe a toda la Iglesia en cuanto tal, aunque el trabajo material externo, de implantación de la Iglesia en tierras en donde no está todavía permanentemente establecida, pertenezca a algunos hombres en particular. En la primitiva Iglesia había carismas especiales: apóstoles, profetas, doctores, etc.; pero no existía el de misionero, porque no es una tarea especial, sino la misma *misión* cristiana. Es la Iglesia entera sobre la tierra la que lleva el nombre de militante.

La acción misionera es, pues, sencillamente, uno de los cauces del desbordamiento natural y obligado de la misma Iglesia, y con ella—pues la Iglesia no es un ente de razón—de cada uno de sus miembros. Es una manifestación necesaria de nuestra plenitud de vida interior; por ello es también un termómetro para ésta. El *hacer* misional es un simple fruto del *ser* cristiano. En el fondo todo se reduce a empezar acá abajo el despliegue ontológico de nuestras posibilidades sobrenaturales, que culminarán con la superplenitud de nuestro ser, cuando seamos como dioses.

RAYMUNDO PANIKER